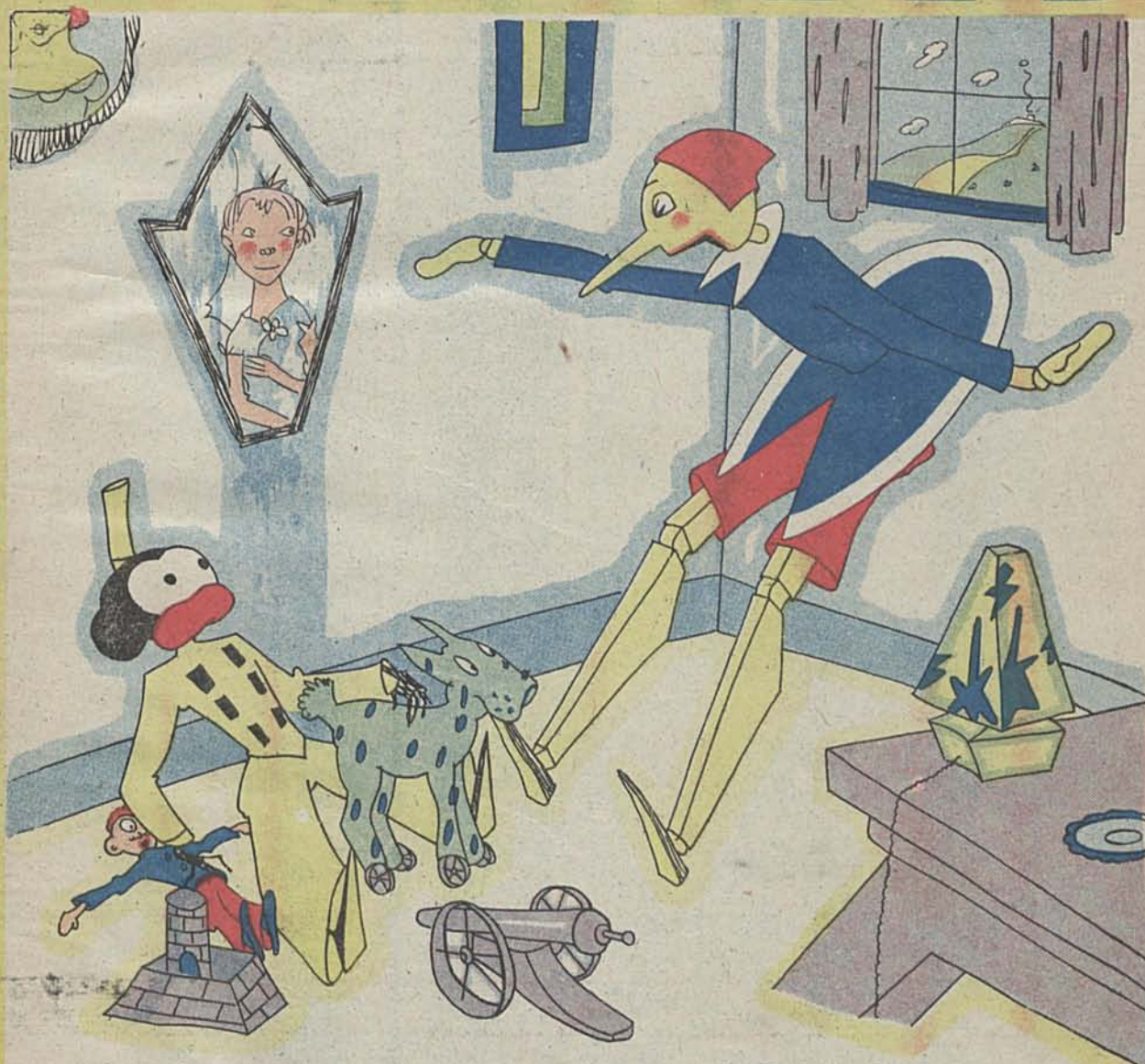


PINOCHO

AÑO. VI
NUM. 255

25 cts

5 ENERO
1930



-NO QUIERO QUE VAYAS A JUGAR A CASA DE TÍN Y TÓN PORQUE ES-
TÁN MUY MAL EDUCADOS!
-¡BUENO; LES DIRÉ QUE VENGAN A JUGAR AQUÍ!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR C. GIOVANOLA Y S. M. BARBIERI

(Continuación)

que es más probable—por ambición de la grande y temida autoridad de

que gozan, son fidelísimas a la consigna y resultan de gran utilidad, especialmente cuando el robado, con la promesa de una compensación adecuada, quiere recuperar lo perdido. En el fondo, es un oficio indudablemente más seguro y tal vez mejor remunerado que el de los mismos ladrones, pruébalo la circunstancia de existir siempre gran número de malhechores que aspiran a entrar en el «cuerpo» de los *ma-kuai*.

»Mañana por la mañana reanudaré mi viaje por tierra.»

«25 de noviembre.

»La que acaba de transcurrir ha sido una semana a la verdad azarosa. Lo imprevisto no se ha hecho esperar, y por tener fe en el propio nombre, ha caído sobre mí cuando yo aun no lo esperaba. Puedo estar contento, y no tanto por la sorpresa y el riesgo, de que, a ser franco, hubiera prescindido de buena gana, como por haberme librado de buena.

»Salí de Cing-tu la mañana del 18, con mis doce abigarrados y silenciosos *ma-kuai* a las órdenes de un flaco y flojo sargento que no tenía de chino más que los ojos en forma de almen-dra y la larga coleta que le bajaba por la columna vertebral desde la cúspide del pelado cráneo.

»El país que atravesábamos estaba a trechos cultivado: coles y zanahorias, zanahorias y coles. ¡Es para estar alegres en las mesas de estos pobres campesinos! Algunos campos estaban ya arados, y la tierra, removida, negreaba entre las hileras aun verdes de los morales y de los *tsin-*

kuo-chu, árboles que se asemejan a nuestros olivos.

»Por la noche nos alojamos en una casucha medio desmoronada donde fui recibido con extrema cortesía por una familia de míseros agricultores, y a la mañana siguiente volvimos a partir a primera hora. Atravesamos esa vez cañaverales interminables que ocupaban toda el área de los campos, sobre un terreno blando y pesado, bastante peligroso para nuestros inquietos caballos. Sentíase la proximidad del río aun invisible.

»El sol estaba poniéndose cuando llegamos a un pequeño poblado de casas bajas y sucias calles en las que se desparramó entera la población al anuncio de nuestro paso. El jefe de mi escolta me condujo a una taberna donde me fué necesario permanecer a falta de otro albergue menos desaseado y hediondo. Por otra parte, el tablón de la muestra decía ya muy claro, claro para mí porque estaba, en inglés que aquélla era la mejor hostería del pueblo: *Gran Hostedería del Extranjero de oro*. El extranjero de oro, aquella vez, era yo. ¡Véase hasta dónde se revela la proverbial hipérbole de los chinos!

»Por otra parte, no tuve motivos de quedar descontento por haber caído allí, porque el *chau-kuei*, lo que quiere decir el hostelero, me facilitó todas las informaciones que me hacían falta para hacer más expeditas mis pesquisas.

»Supe así que, pasados los cañaverales, a pocas leguas de aquella región, se extiende a lo largo del río una vasta zona cultivada, y que el propietario es un extranjero llegado varios años hace de occidente, de donde ha hecho venir extrañas máquinas para labrar la tierra, máquinas que hacen en un día lo que no son capaces de hacer diez hombres. La propiedad del extranjero no era hace unos años ni una cuarta parte de lo que es ahora; hoy es inmensa, como

sus riquezas. Sus juncos llevan de continuo al mar las cosechas cada vez más abundantes de sus predios, y las enormes balas de seda, tanto en bruto como ya labrada, para cuya manufactura se construyó, cuatro años hace, un enorme edificio todo lleno de máquinas estrepitosas.

—¡Ah!—exclamó el posadero apoyándose las manos en los ijares, en forma que su rotunda persona pareció exactamente una olla con sus asas—¡Es la fortuna del país! Todos, en muchas leguas a la redonda, tienen ahora que labrar todo el año; y todos quieren y veneran al patrón que es un hombre bondadoso, benigno y justo, y no rehusa jamás la caridad del consejo y del trabajo a quien a él acude solicitando ayuda. ¡Es un santo, extranjero de oro, un santol—Y levantaba los brazos al cielo como para ponerle por testigo.

Y ¿cómo se llama?—pregunté, esforzándome en reunir de modo inteligible las pocas palabras chinas que conozco.

—Nosotros le llamamos Kien-tsing.

—Yo entiendo el chino mucho más aprisay mejor de lo que lo hablo; así es que traduje al punto mentalmente el nombre monosilábico en su poético significado: *Bondad celeste*. Para ser el nuevo nombre de uno de los ladrones del Arsenal, me pareció un tanto irónico.

»A la mañana, volvimos a ponernos en camino hacia las haciendas de Kien-tsing, de aquella bondad celeste que, por los indicios, antes de llegarlo a ser, debía de haber encarnado el teniente Larouchy. Y aquí dan principio las aventuras. Cabalgábamos hacia casi una hora cuando en una revuelta del sendero que serpenteaba caprichosamente entre las cañas, se nos aparecieron dos hombres vestidos a la moda de los tártaros, sentados, con las rodillas cruzadas, en la senda, de modo tal que por fuerza habían de impedir el paso, el fusil entre las piernas con el cañón apoyado en el hombro, como soldados en las avanzadas. No bien nos divisaron pusiéronse en pie, con el arma en la diestra. Evidentemente estaban en acecho y aguardaban mi paso.

»—¡Atrás!—les intimé cuando les tuve rozando cara a cara con mi caballo—¡Abra camino!

»Pero ellos asieron mi caballo de las bridas, y uno de los dos habló:

»—¿Eres tú acaso el extranjero que Kien-tsing aguarda de occidente?

»—No sé si Kien-tsing me aguarda; pero es cierto que voy en su busca y que vengo de occidente.

»—Espere entonces que llame a la persona que le ha de conducir hasta su casa.

»Levantó un puñal, apoyó la hoja en los labios y emitió un silbido agudísimo y prolongado.

»Súbitamente se oyó el rumor y los golpes secos de las cañas removidas y quebradas, y comparecieron diez, veinte, treinta horribles cataduras de gentes vestidas y armadas como los otros dos. Algunos de los fusiles se apuntaron contra mí.

»—Si te mueves, date por muerto.

»—¡Bonitos modales—pensé—poco en relación con la bondad celeste! Pero la prudencia me aconsejó que no me moviese. Moviéronse en cambio mis valerosos *ma-kwai*, corriendo hacia atrás precipitadamente y gritando a voz en cuello: ¡*He-jal* ¡*he-jal*! lo que significa en buen chino: «¡Qué miedo! ¡escapemos! ¡escapemos!»

»Me obligaron a apearme del caballo; atáronme a la cintura una gruesa sogá, y uno de sus cabos fué confiado a un tártaro colosal que empezó a tirar de mí como se acostumbra con los asnos remolones.

»Cortamos por entre las cañas y en pocos minutos llegamos a una breve explanada al margen de un riachuelo, probablemente uno de los numerosos afluentes del Jaug-Tse-Kiang. En el espacio herboso se levantaban dos tiendas de campaña, y aparejado a la orilla había un junco con las grandes velas pendiendo arrugadas de los mástiles entre el enredijo de las cuerdas.

»—Fuí prontamente llevado a bordo e introducido en el vasto camarote de popa. Allí me

(Continuará en el número próximo).

ANITA

BUEN-CORAZON





El pequeño guerrero del Transvaal

Por E. Salgarí

La guerra entre la poderosa nación británica y las dos diminutas repúblicas surafricanas, Orange y Transvaal, había estallado con furia.

Las pequeñas legiones de los antiguos colonos holandeses, acudieron animosas, llenas de entusiasmo y fe en la santidad de su causa, en defensa de sus fronteras, firmemente resueltas a mantener la independencia de sus Repúblicas o hacerse exterminar hasta el último en los campos de batalla.

Como los italianos en la gloriosa campaña de 1848, iniciada por el valiente rey de Cerdeña, Carlos Alberto, contra los austriacos, y como los españoles atropellados por Bonaparte a principios del siglo pasado, los boers se echaron al campo, abandonando sus tierras y sus granjas. Ancianos que apenas tenían fuerzas para sostener el fusil, chiquillos que nunca conocieron los horrores de la guerra, y hasta mujeres, engrosaban sin cesar las escasas, pero valerosas filas de Botha, de Delarey, de Dewet, de Jubert y de otros generales boers a quienes estaba encomendada la difícil misión de hacer frente al coloso inglés, que volcaba sobre las dos pequeñas repúblicas los regimientos por centenares.

Entre los muchos jovencitos que se distinguieron en aquella prolongada guerra, que duró cerca de dos años, y en la cual resplandeció de gloria el valor de aquellos campesinos africanos, causando la admiración del mundo, se hizo célebre Dick Herson, hijo de un pobre cultivador del Orange.

Dick, como sus pequeños camaradas del distrito, había aprendido bien pronto a manejar las armas. Su padre, que tantas veces combatiera contra los negros, y afrontara a leones y leopardos, aun bastante numerosos en el país, queriendo hacer de su hijo un valiente defensor de su patria, a los diez años le enseñó a manejar el fusil, y a los dieciséis era Dick un maravilloso tirador.

A cien metros, con una bala apagaba una vela, y a doscientos agujereaba un florín de plata, ejercicios estos que a nosotros nos asombran, pero que son muy corrientes entre los boers del Africa del Sur, quienes gozan fama de ser los primeros tiradores del mundo.

Al principio de la campaña, Dick manifestó deseos de unirse al ejército de Botha, uno de los generales más intrépidos del Transvaal, que en diversas ocasiones había infligido a las divisiones inglesas sangrientas derrotas en varios lugares de aquel inmenso territorio.

Pero su padre le obligó a permanecer en la granja, custodiándola, no sin prometerle que en caso de necesidad le mandaría llamar.

Dick no se atrevió a desobedecer las órdenes de su padre, y quedóse en la casa, tascando el freno como un caballo joven y mordiéndose los puños cada vez que llegaba a la granja el eco de una nueva batalla ganada por las escasas y audaces fuerzas de las dos repúblicas.

Habían transcurrido varios meses, cuando una noche detúvose ante la granja un jinete boer. Era un viejo combatiente, herido pocas semanas antes en el costado y en un brazo durante un encuentro sostenido a orillas del río Orange. El jinete llamó a la puerta pidiendo hospitalidad.

Las casas boers, antes de la guerra, se abrían de par en par a cualquier desconocido que pidiera abrigo y alimento. Aquellos excelentes campesinos, más hospitalarios que los mismos árabes, acogían siempre con buena cara aun al más astroso vagabundo, sin detenerse a pensar que pudiera ser un bandido peligroso.

Apenas entró en la casa, el viejo soldado contempló atentamente a Dick, y le preguntó:

—¿Eres hijo de Herson, el granjero de Hollar?

—Sí—respondió el muchacho.

—Siento darte una mala noticia, que te causará mucha pena.

—¿Venis de parte de mi padre?—preguntó Dick, palideciendo.

—Sí—contestó el viejo—. Te traigo su bendición.

—¡Ha muerto!—exclamó Dick, acongojado.

—Le han fusilado los ingleses ayer por la mañana.

«La otra noche, mientras estábamos guardado un vado, fuimos atacados de improviso por dos regimientos de infantería montada que, al amparo de las tinieblas, habían conseguido envolver nuestra posición y cercarnos.

«Nosotros éramos ciento cincuenta nada más, y los ingleses pasaban de dos mil cuatrocientos, con dos piezas de artillería.

Tu padre, ascendido por Botha a oficial en el campo de batalla, nos mandada. La retirada era imposible; el río, crecido a consecuencia de una abundante lluvia, no se podía vadear sin peligro de ahogarnos.

«Tu padre, que no conocía el miedo, nos ordenó resistir el ataque, confiando en que las descargas y los cañonazos fueran oídas por una columna nuestra. Luchamos terriblemente entre tinieblas, bajo una granizada de balas que sembraban la muerte en nuestras filas.

«Al amanecer, de los ciento cincuenta no quedábamos en pie más que once hombres, incluyendo a tu padre. Pero los ingleses habían pagado caro aquel triunfo. Montones de cadáveres, hombres y caballos, yacían ante nosotros.

«Convencido de que la resistencia era ya inútil, tu padre, que había sido herido, se rindió, después de obtener la promesa de que nuestras vidas serían respetadas.

«Lejos de ello, apenas depusimos las armas, tu padre fué hecho prisionero; le ordenaron cavar su propia fosa, y le fusilaron sin juzgarle, alegando para disculparse que se trataba de un extranjero al servicio de Orange.

«Pude recoger su último suspiro, pues no murió al recibir la descarga.

«Por la noche conseguí escapar, y he venido aquí a traerte su bendición.»

El joven Dick escuchó al viejo soldado sin pronunciar una palabra ni derramar una lágrima. Pero el dolor que mostraba su rostro, espantosamente alterado, era tan inmenso, que el mensajero temió por un momento que se volviera loco.

—¡Ánimo, muchacho—le dijo—. Son trances de la guerra.

—Gracias—dijo el joven con voz ahogada—Decidme el nombre del capitán inglés que ordenó fusilar a mi padre.

—Ha sido John Douglas, comandante del 4.º Regimiento de Infantería montada irlandesa.





—No se me olvidará.

Trajo al anciano pan, leche y carne fría. Tomó luego el fusil, y vistiendo nuevas ropas, se ciñó la cartuchera y ensilló un caballo.

—¿Adónde vas, muchacho?—preguntó el viejo, al verle entrar así equipado.

—A vengar a mi padre—respondió el valeroso joven—. Tengo dieciseis años y el fusil no me pesa. Muchos otros, más pequeños que yo, están ya en el campo.

«Quedáos en mi puesto, guardando esta granja. Yo ocuparé el vuestro en las filas boers.»

Y despidiéndose, montó a caballo y se alejó para esconder las lágrimas que a duras penas había podido contener hasta entonces.

Tres días después, Dick se presentaba al general boer Cronje, uno de los más osados, vencedor de los ingleses en Colens y Ladysmith, donde se cubrió de gloria.

—Mi padre ha muerto por la patria, mi general—le dijo—. Yo vengo a reemplazarlo.

—Eres un valiente—le respondió Cronje—. Serás digno de tu padre, que tenía fama de bravo entre los míos.

Y le destinó a las patrullas de exploradores, donde abundaban los chiquillos, prestando servicios inapreciables.

Ágiles, esbeltos, atrevidos como los veteranos, montados en sus pequeños caballos, elegidos con cuidado y muy veloces, escapaban más fácilmente de las emboscadas que sin tregua les tendían los ingleses, que podían disponer de un número de combatientes veinte veces superior al mandado por los bravos generales boers.

Dick se hizo notar pronto por su maestría como jinete, y también por su resistencia y sangre fría. Aunque era uno de los más jóvenes, a las pocas semanas se había hecho famoso.

Supo burlar varias sorpresas preparadas por la infantería montada enemiga, siempre al acecho para sorprender al pequeño cuerpo de Cronje.

En la sangrienta batalla de Spinkop recibió sin temblar el bautismo de fuego, trepando entre los primeros por aquellos formidables muros de piedra, donde los ingleses se creían tan seguros y donde, por el contrario, sufrieron la más terrible derrota, abandonando en el campo miles y miles de cadáveres.

Pero tras aquellas clamorosas victorias, vinieron para los boers días adversos.

Amenazados por fuerzas enormes, aplastantes, el ejército boer había tenido que fraccionarse y batirse en retirada ante las innumerables masas inglesas, guiadas por Lord Robert, el general más valiente de Inglaterra.

Dick no se separó de Cronje, por el cual sentía un afecto de hijo. Le siguió en su retirada a través de Orange, siempre con la esperanza de que un día las peripecias de la guerra le pusieran frente al asesino de su padre.

El nombre de John Douglas permanecía fijo en su cerebro, y el muchacho lo repetía una y otra vez, para que no se le olvidara.

Entretanto, la campaña comenzaba a empeorar, si no para los otros generales, al menos para el reducido ejército que mandaba Cronje.

Estorbado por el número enorme de carros y ganado, poco a poco, sin darse cuenta, se había dejado envolver sin esperanza de romper el cerco de hierro que le amenazaba por todas partes.

Sesenta mil hombres con cincuenta cañones se preparaban a triturar a los cuatro mil boers de Cronje, si no se rendían.

Pero el general boer no perdió por eso la serenidad. Refugiado con sus valerosas huestes en una colina que dominaba el curso del río Tugela, que por aquellos días iba crecido a causa de una furiosa tormenta, se disponía a sostener a la desesperada la desigual pelea, con aquel entusiasmo que sólo el amor de la patria hollada por el extranjero es capaz de infundir. Estaba resuelto a morir bajo las ruinas de sus reducidos, ante el asombro no sólo del ejército inglés, sino del mundo entero.

Mientras sus hombres abrían con actividad febril profundos fosos para ponerse al abrigo de la artillería inglesa, y acumulaban en lo alto de la colina sus diez mil carros y los correspondientes bueyes, intentaba organizar la retirada hacia el río, confiado en un próximo descenso de las aguas.

El honor de aquella atrevida exploración fué confiado al grupo de exploradores de que formaba parte Dick, nombrado, a pesar de su juventud, corneta de campo, grado que equivalla al de alférez de nuestro ejército.

El grupo, compuesto de cincuenta jinetes, la mayoría muy jóvenes y avezados ya a todas las fatigas y a todos los peligros, en la noche que debía preceder a la batalla abandonaba furtivamente el campo, y burlando la vigilancia de las vanguardias inglesas, logró llegar a la margen del río.

(Continuará en el próximo número.)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



¿HAY QUE PEDIR ALGO MÁS
A LOS REYES MAGOS?

YO CREO QUE NO SE
NOS OLVIDA NADA.
A VER, LÉEME LA CARTA



Excelentísimos reyes magos.
Queridísimos amigos: La
presente sirve para que nos pon-
gan lo que sigue:
Una acordeón y dos latas de
Hermelada. Dos patinetes y
tres tortas de chicharrones
y un paraguas con gra-
mofo y un saquito de
castañas pilongas. Una caja
de soldados, dos butifarritas
y dos pirulises.
Sus aletisimos amigos
CURRINCHE Don Turulato
P.D. Se nos olvidaba un kilo de
mantequilla y icos secos. Vale

VAMOS CORRIENDO A ECHAR LA CAR-
TA AL BUZÓN, PORQUE LOS REYES
ESTARÁN YA IMPACIENTÍSIMOS
ESPERANDOLA

DEBIÉRAMOS
HABER HECHO
EL PEDIDO POR
TELÉGRAFO



AHORA VAMOS URGENTEMENTE A UNA
ZAPATERIA. NECESITAMOS ZAPATOS,
MUCHOS ZAPATOS

UN SERVIDOR COMPRA-
RA BOTAS DE MON-
TAR



ESTE AÑO TODO LO QUE TRAIGAN
LOS REYES VA A SER PARA NOSOTROS



NOS VAMOS A HINCHAR DE JUGUE-
TES, CURRINCHE

LAS BOTAS MÍAS PÓN-
GALAS EN PRIMERA
FILA



¡ARREA! ¡NOS HAN DEJADO UNA TAR-
JETA! ¡ESTO ME HUELE A CHAMUS-
QUINA

A MI ME HUELE A
CATACLISMO



QUERIDOS PINOCHISTAS: A CURRINCHE
Y A DON TURU LES DA VERGÜENZA CON-
TAROS LO QUE LES HA PASADO. SE HAN EN-
CERRADO ENSUS HABITACIONES PARTICU-
LARES Y NO RECIBEN, PERO UNOS RATEROS
SE LES HAN LLEVADO TODAS LAS BO-
TAS Y AQUÍ TENEIS LA TARJETITA
QUE LES HAN DEJADO

Los ratas del distrito
Pincho Cebolleta
Rufio Medianoche
les desean feliz año
y salud para comernos
el año que viene otros
cien pares de
botas



COLORÍN y su PANDILLA



CUENTOS DE CALLEJA

LUCHA MEMORABLE

Castillo



—¿IGA usted—me preguntaba una vez un niño—; ¿es verdad que los españoles no son tan valientes como se creía?

—Y tú, arrapiezo, ¿por qué me haces esa pregunta?

—¡Toma!, porque leo en un periódico que cuantas hazañas cuenta la Historia de los españoles son exageraciones ridículas.

—¡Vaya, vaya! El que ha escrito eso no sabe lo que se ha dicho. Y la prueba la tienes en el siguiente hecho, que, a pesar de su carácter novelesco, es rigurosamente histórico.

•Estaba el *Gran Capitán*, Gonzalo de Córdoba, sitiado con su ejército, por cierto bien exiguo, en la plaza italiana de Barleta, cuando los sitiadores que eran franceses, enviaron a nuestro campo un cartel de desafío. En él se decía que, si bien era indiscutible que la infantería española era la primera del mundo, en cambio los caballeros franceses se comprometían a probar que eran muy superiores a los españoles.

•Leyó Gonzalo de Córdoba el reto, y, volviéndose a sus caballeros, preguntó si alguno quería medir sus fuerzas contra los provocadores; y a una voz todos, absolutamente todos los caballeros españoles, quisieron salir a la lucha. Gonzalo entonces eligió diez de los que mejor le parecieron, y los designó para que al día siguiente se batieran con igual número de caballeros franceses.

•Entre los nuestros iba el célebre Pedro Navarro, que fué el primer ingeniero militar del mundo, que dió origen a la creación del Cuerpo de Ingenieros militares, y que estaba convaleciente de una herida que poco tiempo antes recibiera en la cabeza.

•Iba además Diego García de Paredes, uno de los hombres de más fuerza que jamás se haya conocido. Tanta tenía, que, según cuenta Cervantes, detenía una piedra de molino en la mitad de su carrera con sólo apoyar en ella el dedo pulgar.

•Entre los franceses, flor y nata de su ejército, iba el célebre Bayardo, llamado el *Caballero sin miedo y sin tacha*, por su valor y por su hidalguía.

•Marcóse el sitio de la lucha en un campo cercano a la plaza, señalando con grandes piedras el límite, del que no podía salirse; y, para que el juicio fuese imparcial, fueron ingleses y alemanes los jueces del combate.

•Dióse la señal, y los veinte caballeros, colocados en dos filas, arremetieron unos contra otros. Rompiéronse las lanzas en menudas astillas, saliendo al aire las espadas, y se entabló la más extraordinaria contienda que haya podido verse.

•Diego García de Paredes quedóse sin espada, por haberla partido en la cabeza de su adversario, y otro de los franceses precipitóse sobre él, viéndolo desarmado. Echó a correr el español, y todos creyeron que se declaraba vencido; pero, en medio de la sorpresa general, cogió una de las piedras con que se marcaban los límites del terreno, y la tiró con la fuerza de una bala de cañón sobre su perseguidor. Dió el terrible proyectil en el pecho del caballo; cayó éste arrastrando al jinete, y el caballero francés pereció a manos de nuestro coloso.

•A Pedro Navarro se le abrió la herida de la cabeza al primer choque, y la sangre que le caía sobre los ojos le cegaba, y así fué que, comprendiendo que estaba perdido si no se apresuraba el fin de la contienda, hizo un esfuerzo y, concentrando toda su fuerza en un solo golpe, tal fué el que propinó a su adversario, que, sin que fuera parte a valerle el escudo y la armadura, cayó del caballo con una tremenda herida.

•Los demás caballeros españoles cumplieron también su deber sin retroceder una pulgada, y prefiriendo morir antes que declararse vencidos por los franceses. Éstos hacían también prodigios de valor, y la lucha era tan empeñada que era difícil predecir quiénes triunfarian. Sin embargo, pronto se resolvió la duda con la victoria de los españoles.





»Con efecto, de los diez franceses no quedaban más que dos, y de los nuestros sólo tres habían sucumbido; pero, por un exceso de hidalguía, no quisieron ayudar a sus compañeros, aun cuando así estaba convenido. En su virtud se extendió un documento en el que se hacía constar el juicio que les habían merecido a los jueces unos y otros combatientes.

»En él se decía que «los caballeros españoles eran tan buenos como los caballeros franceses, habiendo demostrando los españoles más valor y los franceses más constancia».

»Leer esto el Gran Capitán y exclamar indignado:

»—¡Cómo tan buenos! Por mejores os mandé yo—, fué todo uno.

»Los caballeros españoles respondieron con dignidad:

»—Hicimos cuanto estuvo en nuestra mano; más una cosa es vencer y otra que adjudiquen el premio y hagan justicia al esfuerzo. De los diez franceses sólo han quedado dos en pie, y de los nuestros volvemos siete; de modo que bien claro está el resultado».

»Con todo, al Gran Capitán le duró el enojo hasta que algunos días después destruyó a todos los caballeros franceses que formaban el ejército sitiador en la batalla de Ceriñola, una de las mayores glorias del Gran Capitán.

»Supongo que también querrás que te cuente cómo ocurrió aquello.

»Pues verás; viéndose Gonzalo de Córdoba reducido a la última extremidad por falta de víveres, resolvió abandonar las fortificaciones de Barleta y retirarse con su ejército, extenuado por el hambre, frente a las tropas francesas, mucho más numerosas y bien alimentadas. Los franceses, envalentonados, persiguieron a nuestras tropas, seguros de destruirlas. Al llegar a las inmediaciones de Ceriñola, tan apurado se vió el Gran Capitán,

que tuvo que hacer frente al enemigo, y se trabó la batalla, que fué muy sangrienta; tanto, que allí quedó la flor y nata de la nobleza francesa, entre ella el general enemigo duque de Nemours, que pereció valerosamente al frente de sus escuadrones. Los que quedaron libres escaparon como almas que lleva el diablo, y los hambrientos españoles se apoderaron del campamento francés, donde estaba preparada la

cena con que pensaban solemnizar su victoria sobre los españoles.

»Pues dime, ahora, si no te parece hermoso este hecho, que de fijo tú conocías. ¿No es cierto?

—¡Ya lo creo, que es hermoso, pero lo que más me asombra es la fuerza de ese García de Paredes.

—Cuando visites la Real Armería, no te olvides de preguntar por el mandoble de aquel guerrero, y verás que es un arma que difícilmente manejarían dos hombres de fuerza regular.



—¡Valiente espadón será! ¡Pues al que le diera con él un golpe!

—Lo abría por la mitad. No han sido pocos los enemigos de España que sucumbieron al filo de aquella espada siempre vencedora. Conque ya ves por este hecho, y por algunos otros tan curiosos que he de referirte, si es cierto que los españoles tenían bien ganada en la Historia su reputación de valerosos. Cuando sepas que hubo un tiempo en que, para reputar como

imposible una cosa, se decía: «Eso es tan difícil como verles las espaldas a los españoles», entonces comprenderás la sangre que habrá costado a este país alcanzar esa reputación de valerosos.

»Ahora bien; si me preguntas, qué me parece tal reputación, yo te diré con toda franqueza una cosa. Preferiría, sin duda alguna, que al hablar de los españoles dijeran: «¡Qué laboriosos y qué inteligentes!» a que digan que somos los más esforzados guerreros del mundo.

»Quédense a un lado las glorias guerreras, que, generalmente, son humo y vanidad, y aumentese la grandeza de los pueblos en las hermosas conquistas de la paz, que son las duraderas; busquemos la gloria del triunfo en ver cubiertas de granadas espigas nuestros campos, rebosando de grano nuestros trojes, lleno el espacio del humo de nuestras fábricas y el mar de nuestros buques, y ese sí que será el título más glorioso para esta patria española.

—¿Y cómo se consigue eso?

—¡Cómo! Con el trabajo, la instrucción y la moralidad, que son las fuentes de la riqueza y del progreso.



FIN



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿De qué vamos a hablar hoy, curioso Chononcito?

—De lo que a ti te parezca mejor, mi querido y sabio buho.

—No me satisface tu contestación. Prefiero que seas tú el que escoja el tema. Tu curiosidad tendrá preferencia por ciertas cosas y, a lo mejor, puedo yo equivocarme en la elección.

—Seguramente que no te equivocarías, pero, en fin, ya que tú lo quieres así, voy a proponer tema para nuestra charla de hoy. El tema es el siguiente: me dijiste en cierta ocasión que las plantas se alimentaban del aire.

—Del aire exclusivamente no. Te dije que parte del alimento lo tomaban las plantas por sus raíces, y parte por las hojas. Este que absorben por las hojas, lo toman del aire.

—Perfectamente. Eso fué lo que me dijiste, y en ello estriba el objeto de mi curiosidad. ¿Es que el aire contiene algún alimento?

—Efectivamente, lo contiene. Ya comprenderás que si no lo contuviese no podrían las plantas nutrirse de él.

—¿Y por qué nosotros no nos podemos alimentar del aire como lo hacen las plantas?

—En primer lugar, porque nuestros organismos no están constituidos para asimilar ese alimento del aire, y en segundo, porque precisamente la sustancia que las plantas extraen del aire para nutrirse es muy venenosa para nosotros. Me refiero al ácido carbónico. Ya sabes que nosotros respiramos oxígeno y expelemos ácido carbónico. Este es el gas que si lo respirásemos en vez del oxígeno, nos envenenaría en seguida.

—¿Es lo mismo carbono que ácido carbónico? Te pregunto esto, mi sabio buho, porque si la memoria no me es infiel, me dijiste también en otra de nuestras charlas que los diamantes eran carbono puro.

—No te es infiel la memoria. Eso te dije y eso mismo te repito hoy. El carbono forma, entre otros cuerpos, el diamante, la hulla, y la plumbagina.

—También eso de la plumbagina me recuerda algo.

—A ver si haces un esfuerzo de memoria y sabes qué es eso de plumbagina. ¿No te acuerdas para qué se utiliza la plumbagina? Te diré, para ayudarte, que se emplea para hacer una cosa que sirve para escribir y se le saca punta con un cortaplumas.

—¡Hombre! Tanto me has dicho que sería yo un torpe muy grande si no adivinase lo que es. Con plumbagina, que ahora recuerdo se llama también lapiz plomo, se hacen los lapiceros que usamos para escribir.

—Muy bien. Pues esa plumbagina, lo mismo que los diamantes y que el carbón de hulla, son carbono. Pero en estado sólido. Y si este carbono se convierte en gas y se mezcla con el oxígeno, da origen al ácido carbónico, o sea que el carbono es uno de los elementos que, en estado gaseoso, entran en la composición de ese gas tan venenoso de que estamos hablando. Pues bien, ese gas, es para las plantas un excelente alimento; es decir, en ese gas contiene como te he dicho el carbono y este es el que nutre a las plantas.

—¿Pero no me dices que el ácido carbónico consta de oxígeno y carbono?

—Así es; en efecto.

—Pues entonces si el ácido carbónico alimenta a las plantas no será sólo el carbono lo que les nutre sino también el oxígeno.

—Es que una vez que la planta ha respirado el ácido carbónico lo descompone en sus dos elementos; expele el oxígeno y se queda con el carbono.

—Comprendido.

—Pero existe una cosa muy curiosa en este proceso, y es que esta alimentación se efectúa solamente de día.

—¿Y de noche, no?

—De noche, no.

—¿Pues no hay ácido carbónico por la noche en el aire?

—Indudablemente,

—Entonces no lo comprendo.

—Lo comprenderás en cuanto te diga que para que la planta pueda efectuar la descomposición del ácido carbónico en sus dos elementos, oxígeno y carbono, necesita la ayuda de la energía solar.

—Y claro, por la noche no hay sol.

—¿Ves como ya lo has entendido?

—Así, como tú me lo explicas, lo entiendo cualquiera. Pero ahora me surge otra duda. ¿No respiran las plantas, de noche?

—Igual que de día, pero por la noche no se quedan con el carbono, porque les falta la ayuda del sol para poder quitarlo del aire.

—Dime otra cosa, infatigable buho. ¿Hasta qué edad crecen las plantas?

—Las plantas crecen mientras viven; así que un árbol irá siendo más grande a medida que cumpla más años. En esto, como en otras muchísimas cosas, las plantas se diferencian de los animales. Estos, lo mismo que el hombre, sólo crecen durante un corto período de su vida, pasado el cual cesa el crecimiento, aunque la vida continúa.

—Otra duda acude en este instante a mi cerebro. ¿Te la pregunto?

—¡Hombre, no sé qué reparo puedas tener en ello! ¿No estamos en plena charla?

—Sí, pero es que tanto preguntar me va dando reparo.

—Como vuelvas a decirme eso vas a saber lo terrible que es un buho enfadado. Los leones, las panteras, los Tines y los Tones, se quedan a mi lado hechos unas inocentes palomas. Andate, pues, con cuidado con lo que hablas. Esa falta de confianza entre tú y yo, no te la perdonaría nunca. Venga pronto esa pregunta.

—¿Dices que el carbono es veneno?

—En gran cantidad, lo es.

—¿Y los animales no se alimentan de plantas?

—Muchísimos no comen otra cosa.

—¿Y cómo es que no se envenenan contentiendo las plantas tanto carbono?

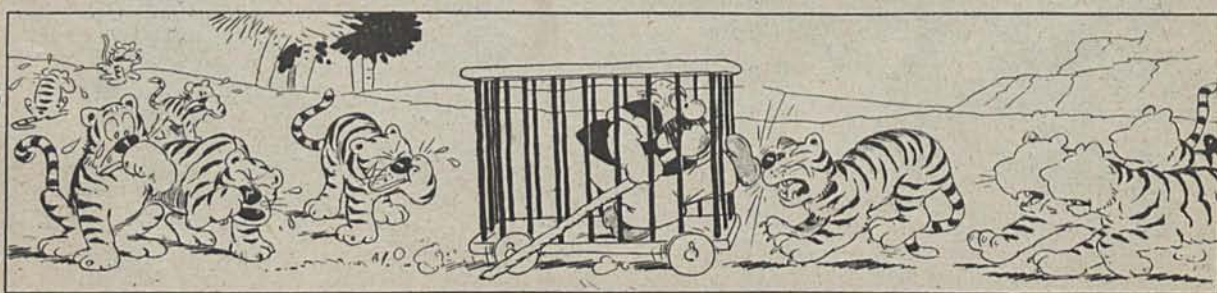
—Porque una vez que la planta ha separado el carbono, lo asimila, lo mezcla con su sustancia verde, lo hace materia propia, lo convierte en lo que pudiéramos llamar carne de la planta, y ya en este estado, no solamente ha perdido el carbono su propiedad venenosa, sino que es un excelente alimento para los que se nutren de él. Esta transformación que hacen las plantas con el ácido carbónico, ayudadas por la energía solar, es una de las más grandes maravillas que hay que admirar en la Naturaleza.

—Tantas y tantas hay que admirar, amigo buho que casi no tocamos ni vemos cosa, que no encierre en sí alguna maravilla. Aun las que a simple vista nos parecen sencillísimas contienen un mundo de misterios ¿no te parece?

—Estoy completamente de acuerdo contigo. Y por hoy, basta ya de charla. Es tarde y hay que dejarla.

—Pues adiós, mi sabio buho.

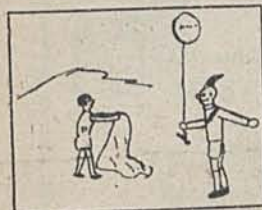
—Adiós, querido Chonón.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE ENERO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Luisito y su hermana
Manuel A. de Sotomayor



Don Perico y el fantasma
Manuel A. de Sotomayor



Camino de la Exposición
Octavio González
8 años



Pirugian
Nicolás Moya



En el campo
Aurorita Carrasco, 11 años



Blanca Nieves
M. Eugenia Ipolín



Don T.
Fernando Martín



Un barco
Justo Castrillo



Sonando
Elvira G. C.



La frutera
Julián García



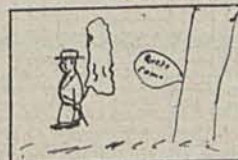
Escena andaluza
Un desconocido



Un guerrero
J. castrillo



Grepúculo
M. Hidalgo



El paseo
Manuel A. de Sotomayor



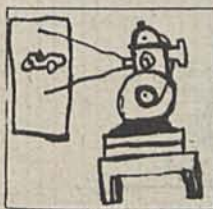
Hogar
Santiago Pallarés



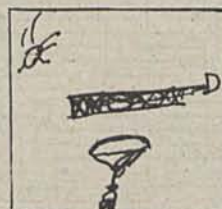
D. Tura y Currincho
Francisco González



Emblema
A. Bobo



Cinematógrafo
Eusebio Elorrieta



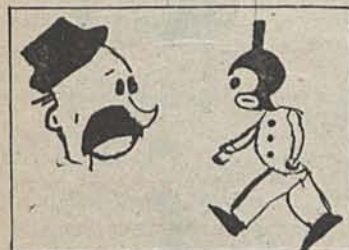
Un aeroplano
Anita Carmona



El camello
Erick M.



Escena doméstica
N. N.



Mis mejores amigos
Enrique Villar, 10 años



Gemelos
Rosario Losada



Mi primo en burro
Gumersindo L. P., 12 años



Mi amigo Merrongula
Emilia Sevillano



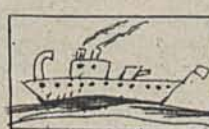
El Jesús del Gran Poder
Leandro Garrido, 13 años



Mi jirafa
F. Gil



Ramo de flores
F. R., 10 años



El Pinocho
Jaime Villalba



Bob
Victoria Tacón



Pinocho futbolista
G. Muriel



De pesca.—Yo



El Dornier 16 y sus heroes

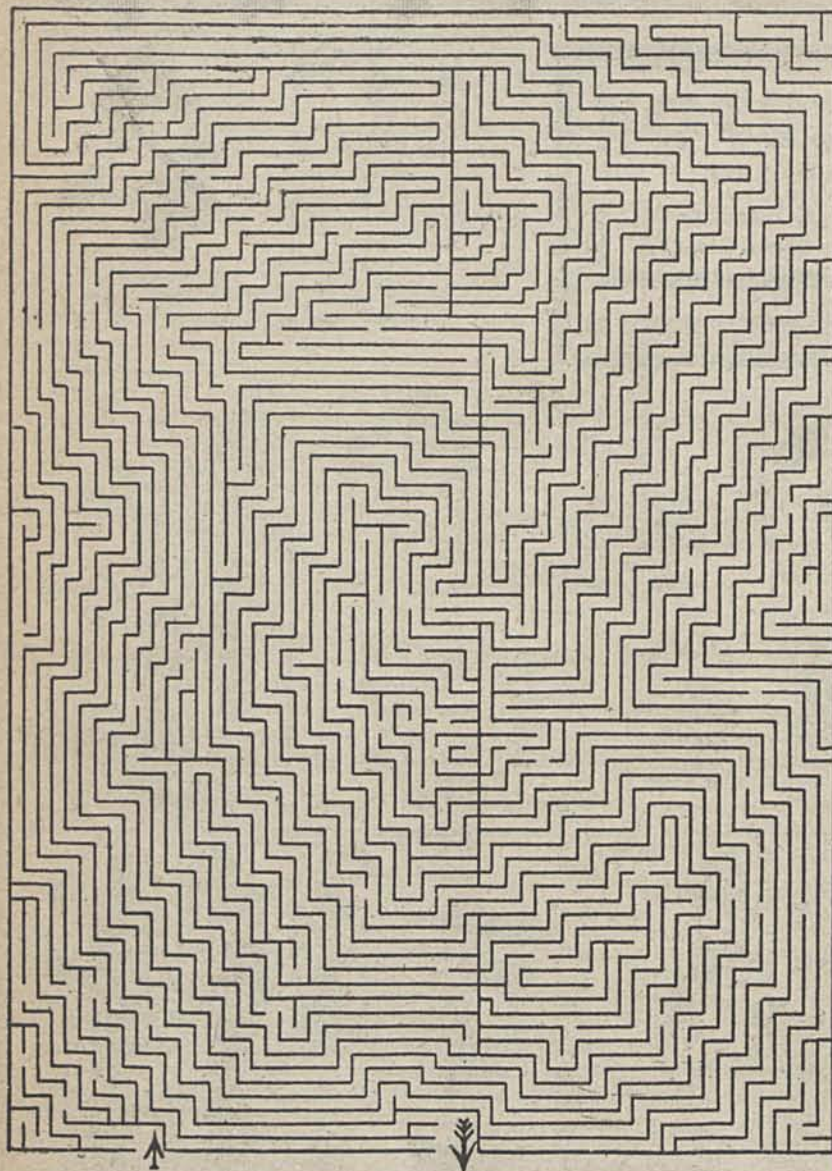


Colorín de paseo
M. Valcárcel

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ENERO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL LABERINTO DE MILÁN



Bueno. Eso de enigmáticos es un decir. Y digo que es un decir porque estoy completamente seguro de que en cuanto cojáis un lápiz y con pulso firme y decidido unáis los números por mediación de rayas, lograréis descubrir el enigma. Con que a no dejarme en mal lugar y a descubrir rápidamente el misterio, el secreto aparente, de estos números diabólicos...

CUPÓN DE SOLUCIONES DEL MES DE ENERO **255**

Envío del Pinochista D.

En Milán había un laberinto. Este laberinto tenía solamente dos puertas. El desgraciado que entrara en él ya podía dejar hecho, antes, su testamento. Un día, sin embargo, un aventurero del Brabante, Ascasio Van der Manda, se introdujo en él y después de varias tentativas logró encontrar la salida. Después de Ascasio nadie repitió la hazaña. Aquí tenéis el plano del laberinto. Si queréis emular al aventurero del Brabante, aunque de una forma más cómoda, no tenéis más que coger un lápiz y... pero lo demás ya lo sabéis.

LOS NÚMEROS ENIGMÁTICOS



VIDA PINOCHISTA



ALEREDO DEL CAMPO
Bizarro dibujante



VIRGINIA MURILLO
Delicada artista



FAUSTINO CASTRO
El mago del lápiz



ROSITA LÓPEZ DE A.
Entusiasta pinochista



Carmen Alii
premio con accésit



BENIGNO PIQUERO
Animoso pinochista



ISIDRO GARCÍA
Primer premio de colaboración



MANUEL RODRÍGUEZ
Simpáticos y voluntarios pinochista



NICOLÁS MENÉNDEZ
Audaz secuaz de Pinocho

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASA- TIEMPOS DEL MES DE AGOSTO

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «CUENTOS DE CALLEJA»

Primer premio.—Gabino López.

Segundo premio.—Octavio Calabuig.

Tercer premio.—Petra Cosme.

Cuarto premio.—Bermudo Sel Hoyo.

Quinto premio.—Alvaro Voss.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del Pinochista diplomado:

Francisco Fernández, Pilar Mallen, Rafael Xifrá, Jerónimo Milrura, Norberto Novella, Isabel de Juan, Francisco Rubio, Luis Escolano, Luis Sicillia, Pilar Farinós, Angeles Soler, Carmen Lozano, Juan Casais, Julio Herrera, Anselmo Ríaza, Paquita Rodrigo, Paquita Seara, Alfredo Marco y Félix Tntao.

PREMIOS A LA COLABORACIÓN PI- NOCHISTA DEL MES DE AGOSTO

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «CUENTOS DE CALLEJA»

Primer premio.—Alfonso Bosh.

Segundo premio.—Salvador Pérez.

Tercer premio.—Aurorita Carrasco.

Cuarto premio.—Yanli Paude.

Quinto premio.—Gerardo Alonso.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del Pinochista diplomado:

T. Ibarra, Nicasio, R. O., Juan Jugo, M.^a C. Sevillano, Leonor San Martín, Jacinto Larguna, M. A. de Sotomayor, Alfonso Barrera, L. Rodríguez, P. Durom, Cipriano Molina, José M. Legorburu, Jorgito Cemborain, F. G., B. Puigrodon, Trini Gross, M.^a Antonia Cortina, José Alvarez Cascos, Inés Jaraquemada, Ana Sulte, Antonio Moreta, Juanito de la Serna, L. G. Adelma Monero, Lólita Villalvilla, Alfonso Barrero, Pedro Rodríguez, Esperanza Navarro, Carlos Salvador, Juan Bofiel, F. Vilariño, Ramón Jaraquemada, Joaquín Requena, Luisa Carmona, José M.^a Navarro y Pedro Rodríguez.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

SECCIÓN PIRULA

CHARLAS DE PIRULA:
El primero de año en China.—¿Qué tal habéis empezado el año, Pirulindas queridas? Me alegro mucho (digo que me alegro porque supongo que me contestaréis que lo habéis empezado con toda felicidad). Sí, yo también, muchas gracias. (Os doy las gracias, porque supongo que me haréis la misma pregunta).

Pero puede que si estuviéramos en China lo hubiéramos pasado mejor, todavía.

Es que allí el primero de año tiene más importancia que en nuestros países y es más duradero, como que dura un mes entero.

Bueno, entendámonos, el día primero de año dura... un día, como es natural, pero las fiestas con que se celebra este acontecimiento duran un mes y además son animadísimas.

En la noche de año nuevo, los chinos se hartan de comer cosas muy ricas (mejor dicho, cosas que a ellos les saben a gloria pero que a nosotros nos sabrían peor que un tazón de chocolate con cebolla) y al dar las doce campanadas de la media noche, estallan cohetes, fuegos artificiales y cañonazos por todas partes.

Al día siguiente, tiene lugar una especie de Carnaval; la gente llevando banderas y faroles y tocando diversos instrumentos de música, se pasea disfrazada; me figuro que uno de los disfraces que resulten más pintorescos será el traje de americana en los señores, y las faldas cortas en las damas.

cajitas; además, al cogerlos, no se preocupa, como lo hace Manolo de que sean más o menos raros y de no tenerlos duplicados; ella los coge y los guarda todos, indistintamente; en fin, no los clasifica por países y precios, sino por colores.

Todo esto encierra un gran secreto que Carmina me ha confiado y yo he guardado religiosamente; pero hoy como es día cinco de enero, vispera de Reyes estoy autorizada para revelarlo.

En efecto, lo que Carmina prepara es un magnífico regalo que colocará esta noche en los zapatos de su mamá; porque es lo que ella dice: «Como mi mamita ya no es una niña, la pobre, los Reyes, por más que se lo he escrito, no quieren nunca traerla nada». Y Carmina ha resuelto que el regalo de Reyes se lo hará ella a su mamá.

Ahora que da la casualidad de que Carmina tiene flia hucha vacía estos días y no puede comprar nada; por eso, viene reuniendo sellos usados gracias a los cuales podrá obsequiar a su madre sin gastarse el dinero... que no tiene.

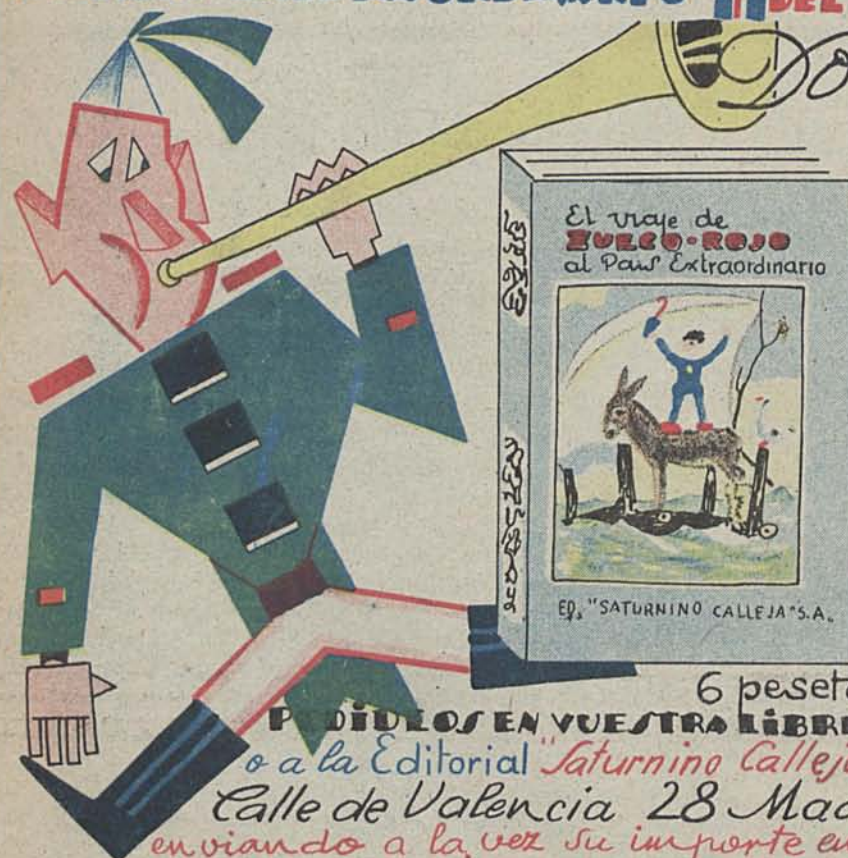
No os vayáis a figurar que Carmina abriga la intención de regalar unos montoncitos de sellos usados; ¡quid! ella va a dar nada menos que un magnífico plato «antiguo».

Este plato «antiguo» lo va a fabricar ella con sus sellos de correo.

Es muy sencillo: en un plato ordinario, de porcelana blanca, llano o sope-ro, se dibujan con un lápiz especial para el caso, los contornos de unos motivos copiados de cacharros populares antiguos o que lo parezcan. que pueden ser los de Talavera. Luego, se pegan los sellos, muy juntos, cubriendo los motivos dibujados y eligiendo naturalmente los colores con gran cuidado, para formar un efecto que, os lo aseguro, resulta precioso.

¡Qué contenta se va a poner la mamá de Carmina cuando se encuentre con la sorpresa de un magnífico cacharro antiguo en sus zapatos! Sin duda se creará que se lo han traído los Reyes Magos; yo la he aconsejado a Carmina que no la desengañe; siquiera por unas horas que la deje esta ilusión, sin bien la alegría de mamá será aun más grande cuando se entere de quién ha sido la verdadera donante.

EL VIAJE DE ZUECO ROJO AL PAÍS EXTRAORDINARIO || LAS FAMOSAS AVENTURAS DEL INVENCIBLE TIPITÓN



Dos nuevos tomos de la Biblioteca Perla



6 pesetas
PÓDIDLOS EN VUESTRA LIBRERÍA
o a la Editorial "Saturnino Calleja" S.A.
Calle de Valencia 28 Madrid
enviando a la vez su importe en giro postal o en sello